

Estas representaciones estaban bastante arraigadas en la Nueva España pues eran parte primordial de muchas festividades, celebraciones y acontecimientos especiales, por ejemplo, la llegada de algún virrey o un arzobispo, el traslado de reliquias, un funeral importante o alguna ceremonia que exigiera un espectáculo fastuoso y un público multitudinario. Irving Leonard describe de esta manera la llegada a la capital de Nueva España del arzobispo-virrey fray García Guerra:

La caravana multicolor se detenía en cada pueblo de indios donde los naturales... ofrecían sus más vistosos entretenimientos, a menudo curiosa mezcla de elementos folklóricos, aborígenes y de otros adquiridos por los españoles... A medida que el carruaje episcopal se acercaba a esos villorrios, una reducida banda salía a su encuentro, engalanado cada hombre con la indumentaria peculiar de la localidad, tocando extrañas tonadas en chirimías y otros instrumentos de viento. Escoltado de esta manera, el carruaje del arzobispo llegaba a la diminuta plaza de cada pueblo, invariablemente adornada con guirnaldas y galas de varios colores; y allí su ocupante presenciaba los pintorescos mitotes, los más solemnes bailes y cantos de los naturales. ²⁹

²⁹ Cfr. Leonard, Irving A., *La época barroca en el México colonial*, México, FCE, 1ª reimp., 1976, p. 23.